

## Prólogo

Uno de los recuerdos más vívidos de mi niñez tiene que ver con El Puerto y con el invierno. Después de una copiosa nevada, como suele ocurrir, amaneció un día espectacular de sol. Al cura de La Pola (que también llevaba la parroquia de El Puerto) se le ocurrió hacer una excursión (por supuesto a pie) a visitar a Vicentón, el *vecindeiro* que cuidaba de las casas de todos los vecinos de El Puerto. No lo sabíamos entonces, pero él fue el último *vecindeiro*, y también asistíamos al final de un universo que de aquella imaginábamos eterno e inmutable. Para nosotros fue toda una aventura andar por los tejados de las casas, que hasta allí llegaba la nieve implacable. Arrancábamos de los aleros de las casas carámbanos más altos que nosotros mismos. También fuimos con Vicente a tocar la campana de la iglesia, como solía hacer cada día, para aviso y alivio de algún improbable caminante que osara cruzar el puerto. Mucho le dio que pensar al niño que fui, aquel solitario farero en medio de la cordillera cercado por la nieve. Ahora me siento un privilegiado por haber podido estar allí y contarlo hoy.

De aquel Somiedo ya no queda casi nada, el mundo ha cambiado y ha cambiado (casi siempre) para mejor, pero nuestra deuda con quienes nos precedieron es inmensa y nuestro olvido cruel e injusto. Todo lo que somos es herencia de nuestros antepasados. Afortunadamente quedan personas como Nuria González Alonso, que minuciosamente rescata un instante de nuestra historia y con rigor académico y, seguramente, mucho cariño, nos muestra una fotografía precisa de las gentes que aquí habitaban. Nada escapa a su curiosidad: sus nombres y apellidos, sus parentescos, sus herencias, sus pleitos, sus modestas posesiones, su organización social. Somos espectadores privilegiados de ese instante, como si ocurriera ayer mismo y no hace casi trescientos años. El arduo trabajo de Nuria tiene un indudable valor académico y será, a partir de ahora, referencia para quienes quieran saber y escribir de aquella época y de nuestro presente. Pero tiene, para los que aquí vivimos otro inmenso valor añadido, reconocer en aquellos nuestros antepasados que nos dejaron el paisaje, la cultura y los apellidos, el orgullo de ser sus descendientes. Gracias a este libro podemos entender mejor quienes somos.

Quiero terminar evocando a Pedro Menéndez «enfermo de cuerpo y sano de su juicio» que vino a morir al Puerto el 30 de noviembre de 1740. En el inventario de sus pocas, humildes y gastadas posesiones, traía un pañuelo nuevo de seda envuelto en papel. Me conmovió ese pañuelo que nunca llegó a su destino, perdido en el laberinto de caminos, inviernos y desventuras.

También Nuria González Alonso nos trae un maravilloso regalo, y, si el libro se encuentra en tus manos es que esta vez, afortunadamente, el regalo ha llegado a su destino.

JOSÉ MANUEL GÓMEZ FEITO